

siones. Ramond responde á estas observaciones del Presidente que podrían subir á millares los franceses reunidos fuera de la sala, los representados dentro de la sala, son millones. Y no podía sugerir la representación popular al pueblo la idea de que influían fuerzas armadas en sus inapelables resoluciones. Contrariados los girondinos por este discurso, echaron mano de Gaudet para responderlo y Gaudet echó mano de sus imágenes clásicas, en las cuales prevalecían las romanas sobre las griegas. Según el pensar y sentir suyos, existía flagrante injusticia en rehusar entonces á los ciudadanos en armas, lo concedido pocos días antes á ciudadanos que se presentaran en iguales condiciones. «La medida, que ahora queréis tomar, añadió, parece mucho á cierto proceder del célebre César, escribiendo las leyes en caracteres tan menudos y colocándolas en sitios tan altos, que los ciudadanos jamás pudieran leerlas, é incurriesen así en castigo por una inobediencia nacida de su ignorancia». Murmullos unánimes ahogan la voz del orador y fragorosas frases piden que sea llamado al orden. En este momento estalla un formidable tumulto parlamentario. Unos diputados quieren hablar, otros quieren votar, todos gesticulan y gritan á una. Como consecuencia natural de todo este horrible tumulto, el Congreso no había podido tomar acuerdo sobre si los manifestantes entrarían ó no. Y durante tal incertidumbre la comisión ó cabeza de los manifestantes aparece por la barra. Tumuldo indescriptible sigue á esta violación del santuario nacional. El Presidente se cubre al ver tal desacato, y la comisión se retira, dándose por equivocada, no por irrespetuosa. Tras tal retirada se apacigua el tumulto, y la Cámara decide que se oiga la voz de los manifestantes llevada por su comisión. Con efecto, entran los ciudadanos que la componen, y el manifestante portador de la palabra, dice que sus compañeros conmemoran un aniversario inolvidable; que se ha intentado atentar á las leyes por quien debía guardarlas y ellos invocan el catálogo de los derechos humanos donde consta el deber de resistir á la opresión exigible de todos los ciudadanos; que la trama contra los nuevos principios públicos está patente y habrá necesidad indispensable de verter mucha sangre, para con su riego fecundar el árbol de la libertad; que los enemigos de su patria creen muertas ó dormidas las muchedumbres vencedoras de la Bastilla y tendrían un terrible desengaño; que pueden irse á Coblenza los cómplices de la traidora emigración; que no estaban de acuerdo quien representaba el Poder ejecutivo con quienes representaban el Poder legislativo; que, teniendo éstos la espada de la ley, no tardasen un momento en descargarla sobre la cabeza de los rebeldes, pues si el Congreso no lo hacía, el pueblo haríalo en tumulto.

La terrible acusación al Monarca, ida de boca en boca, formulábase por manera bien formidable y á tal hora de angustias indecibles ante la representación legal de Francia, ya demasiado conmovida por todo cuanto en torno suyo pasaba. El presidente, deseoso de salir del atolladero donde todos habían caído con precipitación extraña y poco seso, apeló á fórmulas de rúbrica y frases de cajón como éstas: que pueblo y Asamblea componían

una sola personalidad, la cual amaba conjuntamente las nuevas libertades todas y con ellas al ejercicio sacratísimo de la Constitución y el escrupuloso cumplimiento de las leyes. Si, por acaso, añadió, existen, ya conspiradores confesos, ya conspiraciones manifiestas, la única espada propia para desurdir las conspiraciones y castigar los conspiradores está en las leyes penales conocidas, cuyo filo, por la experiencia muy acerado, á todas partes alcanza y todos los culpados, chicos y grandes, habrían de reconocer como un verdadero instrumento de justicia. La comisión de peticionarios atravesó el salón de sesiones muy ufana tras estos vulgares, aunque aparatosos cumplidos, empleados por la presidencia para salir del fangar donde se había sin reflexión metido y aminorar el daño en lo posible. Mas la comisión oradora no llevaba consigo todos los individuos de las manifestaciones tumultarias. La cabeza de éstos por un lado se movía y por otro lado el cuerpo. Tribunas é izquierdas aplaudían; centro y derecha murmuraban. Apenas salían del recinto los voceros de la manifestación, interrogóse de nuevo á la Cámara sobre si debía ó no admitir lo que llamaríamos la masa ó muchedumbre, admitirla con sus armas, con sus pertrechos, con sus uniformes, con su aparato y apresto de guerra. Dubayet quiere hablar y le ahogan la voz; Dumas grita que por honor del Congreso allí reunido se vote ó no si han de penetrar en sus espacios gentes armadas. El Congreso decide que penetren; pues, habiéndoles hecho aguardar tanto espacio de tiempo, no podía rechazarlos sin la consiguiente perturbación del orden, atentaría por modo indefectible á su propia seguridad. Mas antes admite varios enviados de dos batallones girondinos que van á las fronteras contra los irruptores extranjeros. El respetado porte de tales emisarios y sus graves palabras de obediencia y sumisión alientan al Congreso. Así desfilan entre aplausos unánimes. Enviado á Lafayette semejante lección de sabia disciplina, exclama una estentórea voz. Y en seguida, el Congreso acuerda entren los manifestantes de París. El salón cambia de aspecto. Espantoso contraste resalta entre todos los varios signos de legalidad constitucional esparcidos en el templo sacro de las leyes y todos los atrevimientos revolucionarios conaturales á multitudes que llevan desde las primeras horas del alba un día casi entero en las orgías del desorden; las borracheras de unos, los insomnios magnéticos de otros, el delirio de todos prestan al informe conjunto aires de aquelarre como los llenos de brujas y duendes y endriagos por la fértil y sombría imaginación medioeval; distando tanto aquella sesión informe de las sesiones ordinarias como puede distar una misa del Señor de una misa del diablo, pues las banderolas de varios colores y las armas de varias formas y los lemas de subversión, y las guillotinas en miniatura transportadas sobre los hombros de aquellas gentes y los corazones de toro hendidos por las picas llamados corazones de aristócratas y las músicas estridentes tocando pasos guerreros y unas camisas rotas y unos pantalones desfundados sirviendo de insignias al hambre y unas mujeres que se caían entre blasfemias de puro cansadas mientras otras pedían para sus

hijuelos llorosos pan y las danzas infernales urdidas sobre aquel pavimento con todas las licencias del burdel y los dicharachos inspirados por la embriaguez revolucionaria junta con la embriaguez natural y los enjambres de miasmas invisibles al ojo pero metidos en las fibras atormentándolas y el aire irrespirable y el hedor insufrible y los insultos y tanto estruendo de los zapatonos con sus clavos sobre las losas y de diversos armamentos contra las paredes; miles de cosas repulsivas y millones de fenómenos sucedidos tan sólo de estos accidentes de fiebres colectivas hacían que diputados y manifestantes, puestos aquellos de pie sobre los bancos para preservarse de la inundación y éstos sin saber de donde venían ni donde iban, prestasen al Congreso aire de manicomio donde todos los locos hubieran huído de sus encierros y dádose sin freno á todas las imaginables demencias.

Era imposible que aquellos revolucionarios pudieran detenerse ante consideración de ningún género. Los muñidores los llevaron al palacio del pueblo; sus instintos los llevaban al palacio del Trono. Jamás ninguna revolución se creyó vencedora, como no atacase y demoliese los signos y símbolos que creía ella signos y símbolos del error, combatido y negado en sus fulgurantes y grandiosas erupciones. Grecia no cosechó los frutos de Salamina y de Marathón hasta que las legiones suyas no entraron, dirigidas por sus respectivos dioses, en las aulas de los dioses asiáticos, desde aquellos adorados en los desiertos nubios, hasta aquellos adorados en las selvas indias. Roma, donde quiera que iba, llevaba su municipio y su derecho, lo mismo sobre los dolmenes de las gentes céltas que sobre los carros de la gentes germánicas. El cristianismo demolió, encerrado en las catacumbas, los pedestales de las divinidades paganas que perdieron sus raíces y se precipitaron al abismo. El genio de los siglos medios derribó los templos antiguos ó los trocó en ortodoxas Basílicas. La revolución religiosa fué bien pronto iconoclasta. En sus Iglesias se borraron los cuadros, se cayeron las estatuas; sólo quedó del antiguo arte litúrgico, una voz, la música. Tomaron los castillos alemanes las muchedumbres labriegas que al grito de los luteranos se levantaron y tomaron los castillos franceses las muchedumbres revolucionarias que se levantaron al grito de los enciclopedistas. Los sendos bordes oscuros de las vías humanas se parecen á los dos bordes espléndidos de la vía appia en que se hallan sembrados de sepulcros, y de sepulcros vacíos, en completa ruina. Inútil querer interrumpir el silencio profundísimo de los espacios infinitos. Inútil querer levantarse á las cumbres del Universo. Inútil querer penetrar el misterio de lo inconsciente y de lo indeliberado en el alma humana. ¿Quién les dijo tras el Rhin y tras el Danubio á los bárbaros que había una Roma? Y sin embargo, á Roma iban todos, como si los magnetizase demente la gran ciudad y los atrajera suicida, para que satisficiesen ellas con su muerte y ruina el inquieto deseo de vengar á sus padres, gladiadores, ó esclavos. ¿Quién les dijo á los devotos de la Edad Media que había un Jerusalén? Y á Jerusalén se dirigieron los cuitados, sin

orientación alguna, sin género de ciencia geográfica ninguna; sin la intuición instintiva infalible de los pájaros emigrantes y viajeros. Estas muchedumbres revolucionarias entraron á saco en las iglesias medioevales, depusieron en tierra las imágenes litúrgicas adoradas por sus padres de hinojos, levantaron las losas de los sepulcros, esparcieron los huesos de las generaciones opresoras; para ellos fué como una fiesta el asalto á la Bastilla, y como un paseo el despojo á Versalles de sus viejos fetiches; no hubo torre del homenaje capaz de guardar la horca del plebeyo, su diadema; no hubo ergástula ó geomonía ó calabozo que retuviese sus cautivos, resucitados al toque de rebato revolucionario; como resucitarán los muertos á la trompeta del ángel; desde la feudalidad hasta la Inquisición, todo fué arrasado por su cólera; y sin embargo, quedaba en las cumbres sociales como una clave altísima la corona, tomada por todos ó por casi todos, comò cúpula indispensable, no sólo al templo de los antiguos privilegios, al templo también de los nuevos derechos. Y, aunque aquella corona por un sí había constituido los Estados modernos con su carácter de unidad, y por otro sí esparcido los gérmenes de la igualdad civil, en cambio se habían sus poseedores divinizado, puéstose casi al nivel de los dioses; tomado el achicharradero de la Inquisición por instrumento de su tiranía; sostenido la división de clases, no obstante convertir los caballeros feudales en cortesanos suyos; remachando la cadena del siervo, á cuya frente no pudo llegar el rayo de luz despedido por las libertades municipales; extendiendo una lepra tal de amortizaciones y vínculos sobre la tierra que no podía ni arraigarse la propiedad individual en ella, ni menos brotar el trabajo humano libre y el humano derecho moderno. Así el hijo de los parias, de los ilotas, el heredero de mil generaciones siervas, el cazado en las guerras, el vendido en los bazares de carne humana, el abrasado en las hogueras inquisitoriales y cesáreas se levantaba, como en día verdaderamente apocalíptico, en estos días, creadores y destructores al mismo tiempo, buscando al representante secular, por hereditario, del tormento, del inquisidor, del privilegio, de la trata, de la esclavitud, de todas las cadenas que habían pesado sobre sus cuerpos y de todas las serpientes que le habían cerrado los paraísos de la libertad, chupándole su sangre y su alma.

Examinados todos estos hechos como productos del interés individual, del apasionamiento pasajero, de la intriga mejor ó peor enredada, no se comprende; mientras considerándolos cual una cristalización de ideas abstractas, un resultado y consecuencia de anteriores providenciales ó lógicos hechos, una especie de calor natural, más ó menos tempestuoso, promovido por el movimiento social en un período y en un espacio de mucha electricidad, la cual abrasa é ilumina, tendréis explicación clara de todos ellos, por lo mismo que no pertenecerá esta explicación de ningún modo á conceptos sistemáticos de antigua escuela ó á ciegas pasiones de partido. Narremos. Los muñidores de la manifestación sabían donde comenzaba y no sabían donde acababa. La entrada en cualquier parte, cosa